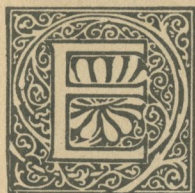


EL MONUMENTO A MAXIMO GOMEZ

Julio 1919



ESTE verano ha comenzado anotándose algo más que su tradicional cosecha de flores. El arte le ha traído, al par que inolvidables emociones de belleza, los más graves problemas de estética. Lejos del centro de la urbe complicada y tumultuosa, un soberbio edificio que va a ser destinado a hospital, acogía, benévolo, caritativo como un Departamento de Beneficencia, a una de las manifestaciones artísticas que más comentarios y discusiones han suscitado en Cuba: la exposición de las *maquettes* enviadas para el concurso del monumento a Máximo Gómez. Un grupo, bastante nutrido por cierto, de los más distinguidos artistas del mundo entero, había dado cita para este memorable torneo de donde surgirá glorificado, enaltecido, uno de los fundadores de la nacionalidad cubana. Junto a los artistas que en Cuba residen y laboran, como Palacio y Pascual, estaban, entre otros muchos, Romanelli, Gamba, Nicolini, Marqueste, Maillard, Carlés, Korbél, Borglum y el español Moisés Huerta. Ante las cuarenta *maquettes* allí expuestas, desfilaron, casi diariamente mientras estuvo abierta la exposición, críticos, artistas, *amateurs*, periodistas y un público numeroso, inquieto y ansioso de obtener una buena orientación artística.

Volaban de labio en labio los comentarios, los chistes, los juicios acertados y los juicios improvisados, al mismo tiempo que se divulgaban, con esa facilidad de comunicación de las muchedumbres, los nombres de los señores que componían el Jurado. De acuerdo con lo establecido en la ley, habían sido designados para integrarlo, los señores Villalón y Domínguez Roldán, Secretarios de Obras Públicas y de Instrucción Pública y Bellas Artes, respectivamente; el doctor Pedro Mendoza Guerra, miembro de la Academia de la Historia; el señor Juan García Enseñat, de la Academia de Artes y Letras; el general Emilio Núñez, presidente del Centro de Veteranos; el coronel Lecuona, presidente de la Asociación de Emigrados Revolucionarios cubanos; el señor Luis Mendoza, director de la Academia de Pintura y Escultura de la Habana; los senadores señores Agustín García Osuna y Antonio Gonzalo Pérez y los representantes señores Germán López y Lico Lores. De acuerdo también con lo establecido en la ley, presidía este Jurado, el señor Villalón.

Más de un mes estuvieron expuestas las *maquettes*; y más de un mes, hubo discusiones, propaganda enérgica de unos cuantos que deseaban impresionar al Jurado. Por ese instinto de selección que acompaña casi siempre a las multitudes, las comparaciones entre unas y otras *maquettes* fueron reduciéndose a unos pocos artistas. Hubo un momento en que Nicolini, Romanelli y Huerta, dividieron la opinión.

Se presentó entonces el grave problema en el cual siempre se han enfrentado dos criterios aparentemente iguales pero totalmente distanciados en su esencia: el criterio de lo artístico y el criterio de lo simplemente bonito. ¿Qué es lo bonito? ¿Qué es lo artístico? ¿Pueden unirse, fundirse, lo artístico y lo bonito? Eterno cuestionario de donde han surgido en el terreno elevado de las ideas estéticas, más diversas tendencias que han culminado en las más diversas escuelas. Lo bonito es la parte externa de las cosas, el conjunto más o menos defectuoso, que eleva a canon, con frecuencia, un erróneo sentido de la belleza. Lo artístico es lo producido por un conjunto de leyes inmutables que unen o distribuyen valores existentes en la naturaleza y crean la belleza pura que es serenidad, equilibrio, armonía. Lo artístico es imperecedero porque penetra en el alma de las cosas. Lo bonito es lo que brilla, lo que luce; es lo momentáneo, lo fugaz: el destello que pasa, la ilusión producida por una fácil adaptación de los valores verdaderos.

La multitud está siempre más pronta a impresionarse por lo bonito que por lo artístico. No nos extrañamos, por tanto, de que en el caso del monumento a Máximo Gómez, el joven escultor Aldo Gamba impresionara, a la muchedumbre con su *maquette* en donde lo bonito trata de encubrir los múltiples errores de concepción y de ejecución. No obstante, el público sensato y la mayor parte de los críticos, periodistas y profesionales del arte, prefirió, entre todas, las

dos *maquettes* que Huertas ejecutó con la colaboración afortunadísima de un joven arquitecto cubano, Cabarrocas, a quien esperan, sin duda, en el porvenir, días de gloria.

Creemos que los que así opinaron estaban en lo cierto.

Prescindamos del gran número de *maquettes* más o menos mediocres, o simplemente ajenas a lo que debe ser y expresar un monumento al General Máximo Gómez. Fijémonos tan sólo en los pocos que estuvieron más acertados en esa expresión o en la parte meramente artística al menos. Carlés, Maillard y Marqueste, tres figuras notables dentro del movimiento artístico francés de nuestros días, estuvieron poco afortunados, si no en la idea general del monumento, en lo que a la ejecución se refiere, sus *maquettes* eran pobres, sin esa grandiosidad de exaltación que se deseaba. Borglum, gran escultor, figura principalísima dentro del arte norteamericano, se equivocó lamentablemente, al enviar una *maquette*, soberbiamente ejecutada, pero más pobre aun que la de los escultores franceses y en donde hasta las figuras secundarias no expresaban ni representaban nada para Cuba. Nicolini, que cuando el concurso para el monumento a Maceo estuvo más afortunado, se presentó en el que nos ocupa con un trabajo desprovisto de originalidad, vulgarmente clásico, sobre el cual aparece un Máximo Gómez de opereta, mitad gaucho y mitad torero dispuesto a lanzar el sombrero al pie de las bellas que fueran a admirarle. Romanelli resolvió el problema repitiendo por tercera vez la estatua que levantó a Garibaldi en Italia, para montar sobre el caballo napolitano el héroe criollo. Korbél, en quien parecen haberse vinculado la inolvidable facultad creadora de los célebres escultores de Tanagra, concibió un monumento bellamente ejecutado, pero falto de emoción, de espíritu. Y Gamba—el triunfador por la gracia de un Jurado que elevó lo bonito erróneo—juntó diversidad de asuntos decorativos, con frecuencia mal ejecutados, pidió a la Compañía de Gas y Electricidad una eterna cooperación de luces y focos, acumuló efectos que se avienen mejor con una fuente pública, construyó un templete, subió en él un caballo, sobre el cual aparece Máximo Gómez como un pésimo jinete, y creó así la *maquette* más errónea desde el punto de vista artístico.

A este joven artista que por primera vez ha concebido un monumento, a este novel luchador que exponía también un busto de Máximo Gómez pobremente modelado, se le adjudicó el primer premio, sin que detuvieran al Jurado los juicios de cuantos saben algo de arte habían de exponer en el futuro ante esa obra que tiene, además, un arco,—triunfal según el artista—el cual más parece un arco de puente y una serie de espíritus maléficos en los cuales se ha intentado expresar, sin lograrlo, una bella idea...

Entendemos que cualquiera de las dos *maquettes* presentadas por Huerta y Cabarrocas es superior al bonito juguete del señor Gamba. El señor Huerta es un notabilísimo escultor que representa en España, junto con Julio Antonio, las más avanzadas tendencias de la escultura moderna. Para realizar estos proyectos se unió a un gran arquitecto cubano, que puede hombrarse—debemos declararlo—con cualquiera de los más notables que hoy se distinguen en el mundo entero. Grandeza, originalidad de concepción, majestuosidad, armonía, magistral ejecución: todo lo reúnen esas *maquettes* ante las cuales el mismo Borglum se detuvo para admirarlas. La exedra y la entrada de la cripta,—nos ha dicho él—me parecen sencillamente algo definitivo. Pocas veces se han compenetrado tan bien dos artistas para llevar a feliz término una obra en la cual el arte ha logrado obtener felicísimas interpretaciones de la belleza. Un conocimiento perfecto de los valores que pueden aportar en el conjunto de toda obra artística los elementos decorativos, se ha unido a un dominio de técnica verdaderamente sorprendentes.

Un fallo, producto de un momento de impresionabilidad por parte de un Jurado, ha privado a Cuba de un gran monumento, admirable exponente del genio creador de un gran escultor y un gran arquitecto. Razón ha tenido, pues, la Asociación de Pintores y Escultores al redactar la enérgica protesta—que ya es de todos conocida—después del informe técnico rendido por una comisión com-



©Blez.

La maquette de los señores Cabarrocas y Huerta que no obtuvo el primer premio.

EL MONUMENTO A MAXIMO GOMEZ

(Continuación de la pág. 37)

puesta de siete de sus miembros: Federico Edlmann, Aurelio Melero, Fernando Adelantado, Francisco de P. Coronado, Ulmo y Truffin, Massaguer, y González de la Peña. En el folleto donde aparece dicho informe y la protesta, se ha propuesto, además, al Congreso, que se sigan ciertas normas especiales siempre que se trate de constituir un jurado.

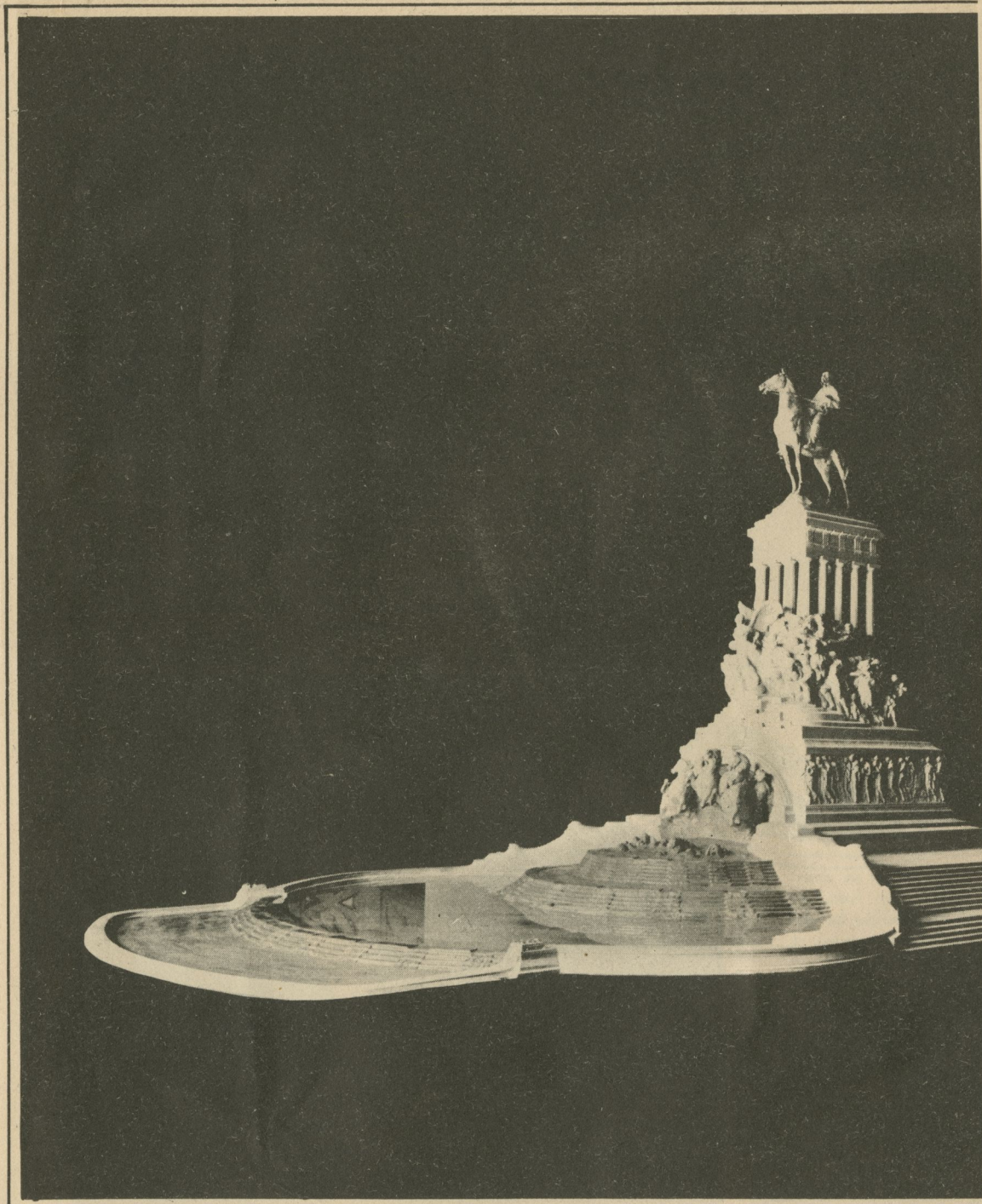
SOCIAL, revista cubana, consagrada en su mayor parte a fomentar el espíritu artístico nacional, se une a esa protesta, porque estima equivocado el laudo de este jurado que ha desechado un proyecto que, artística y esencialmente considerado, ha sido el mejor de cuantos han figurado en este concurso que ha de ser para Cuba tristemente memorable.



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA





La maquette del Sr. Aldo Gamba, que sí obtuvo el primer premio.

© Swa
 a SIR M
 lente d'pl
 zie temen
 viado est
 Rev. Mo

PATRIMONIO
 DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
 DE LA HABANA



La maquette del Sr. Aldo Gamba, que sí obtuvo el primer premio.